



imperio reconstituido el Sa, costumbre poderosa, en virtud de la cual, asociando el hijo primogénito del Faraon á la dignidad real viviendo su padre, evita el enervamiento de la vejez y los peligros de los cambios de reinado.

Sus sucesores son dignos de él y engrandecen su obra. Sesurtasen I comienza el prodigioso templo de Karnak, en Tebas, que será continuado y aumentado por tantos reyes, alza el obelisco de Heliópolis (1), coloca sus armas victoriosas hasta en Nubia, y hasta las rocas del Sinaí. La justicia era uno de sus mayores cuidados, y sus agentes se alaban de «no haber maltratado jamás á las viudas, ni afligido á los desvalidos (2).» Más glorioso es todavía

(1) Este obelisco, el más antiguo del Egipto, lleva sobre sus cuatro caras esta inscripcion, que servirá de tipo á todas las demás: «Horus—la vida del que nace,—el rey del Alto y Bajo Egipto;—Cheper-Ka-Ra,—el dueño de las coronas,—la vida del que nace, el hijo del sol;—Sesurtasen amado de los espíritus de la ciudad de Heliópolis, vivo siempre,—el gavilan de oro,—la vida del que nace,—el dios gracioso Chepe-Ka-Ra,—(erigió el obelisco), al principio de una fiesta panegiria.—Le ha hecho,—el que concede la vida.» Brugsch, *op. cit.* El coloso de Sesurtasen I, ha sido encontrado en Abydos por M. Mariette. (Ernesto Desjardins, *loc. cit.*)

(2) Sobre la tumba de Chnum-Isotep, gran personaje de la corte de Amenemha, se lee: «Yo serví á mi señor cuando partió para batir á los enemigos, en el país de los Atues. Marché en calidad de hijo de un jefe, general de infantería, llamado Sah... Yo era señor de bondad, un gobernador que amaba á su país. Durante largos años ejercí mi poder con el nombre de Sah... Trabajé, y toda noma estaba en actividad. Jamás fué afligido por mí ningun desvalido; ninguna viuda fué maltratada por mí; nunca turbé al pecador, ni puse obstáculos al pastor... Traté igualmente á la viuda y á la casada, no preferí el

Sesurtasen II, el Sesostris de Manethon, y cuyo nombre tomará el gran Rhamsés como un título honorífico. Este es un conquistador; parece que fué el primero que lanzó á lo lejos sus falanjes sobre esa Asia, de donde habiau venido muchas familias emigradas á buscar proteccion de su predecesor (1). Las comarcas lejanas conservaron las huellas de su paso, y la admiracion de los pueblos le erigió templos, en donde aparece como un dios, asistido por dos ó tres dioses. En tiempo de esta dinastía se multiplican las construcciones; Amenemha II levanta el famoso laberinto (2). Las artes recobran su pasada prosperidad, pero se resienten ya de sus formas convencionales y hieráticas, que las inmovilizaron en sus tipos antiguos. En esta época se constituyó la teocracia.

grande al pequeño en todo lo que hice.» Brugsch, *loc. cit.*

(1) Nada hay tan curioso como la decoracion del santuario fúnebre de Chnum-Hotep, este alto funcionario del que hemos hablado hace poco. Contiene pinturas y esculturas que representan la agricultura, las artes y oficios, los hábitos de la disciplina militar, el canto, la música, el baile, los ejercicios y diversiones; en una palabra, toda la vida pública y privada de los egipcios en esta remota época. Es el sello de una civilizacion muy avanzada. Lo que es singularmente notable, es la llegada de una familia de la raza de los amues, de los semitas de Asia. Su tipo está notablemente indicado; traen con ellos á sus mujeres, á sus hijos y á sus ganados; tienen sus armas, sus instrumentos agrícolas, sus instrumentos músicos. «Este cuadro, dice M. Brugsch, es un bello comentario que ilustra la historia de los hijos de Jacob llegando á Egipto.»

(2) Este laberinto, que se trata de edificio fabuloso, ha sido encontrado por M. Lepsius. Véase la duodécima *Carta sobre el Egipto.*

CAPITULO VIII

La invasion de los Hyksos ó Sa-Su.—Décimoctava dinastía.—Conquistas en Asia y en Etiopia. Monumentos.—Tuthmés ó Tuthmosis III.—Trabajos.—Fin de la décimoctava dinastía. Revolucion religiosa.—Último rey

Cerrada la duodécima dinastía (1) con una reina, *Ra-Sebek-Nofru*, va á dar principio una época de decadencia y de invasion.

Esta invasion es la de los «pastores», de los *Hyksos*, como la llama Josefo (2); de los *Sa-su*, como dicen los monumentos (3). Estos «hombres oscuros» llegan «del Oriente»; sus numerosas hordas subyugan al país, «castigado por la cólera de Dios.» Los reyes son esclavizados, las ciudades incendiadas, los templos derribados; degüellan á los hombres y reducen á esclavitud á las mujeres y á los niños. El Egipto es presa de la devastacion; «el país cae en manos de los enemigos, y nadie es ya rey,» dice una antigua crónica (4). La region baja y media se cubrieron de ruinas. Tal es el carácter

(1) Hé aquí la serie de estos reyes: *Amenemha I, Sesurtasen I, Amenemha II, Sesurtasen II, Sesurtasen III, Amenemha III, Amenemha IV, Ra-sebek-Nofru*. M. Ernesto Desjardins, segun M. Mariette, *Revista citada.*

(2) Josefo, *Contra Appiano*, I, 14.

(3) M. Brugsch ha determinado perfectamente, á nuestro modo de ver, que estos *sa-su* ó *scha-su*, eran nómadas de la Arabia Septentrional. Manethon indica que eran fenicios ó nómadas de las cercanías de Siria. Estas dos versiones pueden conciliarse cuando se piensa en el gran imperio árabe, cuya existencia parecen confirmar todas las tradiciones asiáticas.

Permitásenos hacer notar la analogía del nombre de los *sa-su* con el de *Sa-cya, Zo-hac, Dho-hac*, que es el tipo del conquistador árabe, cuyas huellas hemos creído descubrir en los anales de la Arabia, de la Asiria, de la Persia, y aun de la India. M. Brugsch descompone el nombre de *Hyk-sos* en este: *Hyc-rey. Sos-sa-su*, reyes Sa-su ó pastores. Este es el mismo pueblo al que la Santa Escritura llama los hijos de Ismael; «son idénticos á los árabes.» *Historia del Egipto*, pág. 77, t. I.

(4) Este papiro se conserva en el Museo británico. Es citado por M. Brugsch, pág. 78.

formidable de esta gran conquista árabe, conquista semítica, cuyo terrible paso sufrió el Asia entera, y que todavía recuerda con espanto. Tal es esta dominacion brutal y sin piedad, que, animada por el fanatismo idolátrico, se ensañó sobre todo en los templos, y abolió las creencias nacionales. Quizá será necesario referir á esta época la pérdida completa de las antiguas tradiciones patriarcales y la introduccion del sabeismo astrológico, que alteró tan profundamente el culto primitivo.

Como quiera que sea, la invasion se verificó en Egipto, al ménos en la parte más próxima al Mediterráneo. Los reinos que no fueron aniquilados, como el de Xoís, pagaron fuertes tributos y vivieron en duro vasallaje bajo la tiranía invasora (1).

Tebas subsistió quizás en las mismas condiciones. La décimaquinta y décimasexta dinastías fueron tambien tributarias, y su autoridad no se conservó más que sobre las posesiones de la Nubia, exentas de los pastores por su alejamiento. Aquellas comarcas sirvieron de asilo á numerosos emigrantes, y pudo decirse en algun tiempo que el antiguo Egipto buscó tambien su refugio en la Etiopia.

(1) Hé aquí que el rey Ra-Sequenén fué solamente un *hag* (rey) del Alto-Egipto. Los enemigos estaban en la fortaleza del Sol (Heliópolis), y su jefe *Ra-Apepi-as*, en Ha-Uar (Avaris). El país entero era tributario suyo, haciendo sus servicios completos, así como tambien recibia todas las buenas producciones del Bajo-Egipto. El rey Apepi escogió al dios Sutech como su señor, y no fué servidor de ningun otro dios existente en el país entero. Este extracto del papiro existente en el Museo Británico, citado más arriba, completa la relacion de Manethon, y da á conocer muy bien los rasgos de la invasion conquistadora y religiosa de los árabes.



Esto, por lo que hace á las montañas del Sur; allí donde supieron conservar los antiguos habitantes su nacionalidad, situados en las montañas vecinas, fueron respetados por los guerreros de aquella comarca. Hubo, pues, en Egipto dos pueblos de raza enemiga, y cada pueblo tenia su religion, sus jefes y su lengua diferente (1).

La conquista árabe no tardó en fraccionarse, y tomó de Egipto, como de otras partes, las costumbres, hábitos y formas exteriores de los vencidos. En su principio aparece como un campamento. Doscientos cuarenta mil hombres se establecen en la provincia de Tanis, y su jefe, que residia durante el verano en una plaza fortificada, «distribuye á sus guerreros el trigo y el sueldo que les corresponde, instruyéndoles con especial cuidado en el ejercicio de las armas (2).» Bien presto la civilizacion se propaga; los pastores, sin olvidar las diferencias originales, y sin atenuar los odios profundos, que un día han de producir una reaccion, de la cual tratarán de evadirse, se adaptan á los usos egipcios. Como todos los bárbaros, ceden á la habilidad y al talento de sus súbditos, y adquieren bien pronto los hábitos de una vida más noble y más fastuosa. Un poco tiempo despues, ya es difícil distinguir si es el rey de Sa-Su con el traje tomado del Faraon (3).

Sea lo que quiera, la larga dominacion de los Sa-Su duró muchos siglos, y no dejó por todas partes más que señales de devastacion y de esclavitud (4). Apenas encontramos en los

(1) Todos convienen en que por aquel tiempo mandaban á la vez los reyes pastores y los reyes egipcios; esto se comprende, puesto que se hicieron la guerra.—M. Champollion-Figeac habia dividido la décimaséptima dinastía en dos partes: una la de los egipcios, y otra la de los hyksos; pero este es un procedimiento ingenioso del ilustre sábio, procedimiento que pertenece á su sistema, y de ninguna manera al de Manethon.

(2) Es la relacion de Manethon, en Josefo, *op. cit.*

(3) Respecto á si el rey que recibió á José fué un Faraon egipcio librado de la destruccion, ó un hyksos que hubiera adoptado las costumbres egipcias, nada hay decidido. Véase la discusion de M. Robiou, *op. cit.*, y que es de gran interés.

(4) Nada hay más oscuro que este período. No hay cronología para los precedentes; para esta no

restos de aquella época de decadencia más que el nombre de algunos de aquellos reyes extranjeros, que el orgullo mal entendido de los sacerdotes clasificó más tarde en siete dinastías (1).

El único hecho importante en esta época, es la llegada de los hijos de Israel á Egipto y el gobierno de José.

Este notable suceso tuvo lugar probablemente bajo el rey pastor Apepi II (2), cuando, vendido por sus hermanos á los mercaderes madianitas, fué comprado por Putifar. El eunuco, ó mas bien el camarero (3) de Faraon, pertenecia sin duda á la córte de Tanis, que tuvo por modelo la de los antiguos monarcas. Al describirla la Biblia, nos da el cuadro completo de su real autoridad, tal como se habia constituido con el cortejo de dignatarios y su poder absoluto. «Putifar, *Pet-Phra*, el servidor del sol,» era un jefe del ejército, el intendente de la casa de Faraon, *Pe-Uro*, el rey, ó *Phe-Ra*, el sol (4). Con él habia un jefe de los coperos y otro de los panaderos, á quienes

hay ningun documento auténtico y digno de algun crédito. La Biblia únicamente nos suministra la posibilidad de evoluciones muy hipotéticas. Lo que se sabe únicamente, es la existencia de los reyes pastores y la esclavitud de los israelitas que es contemporánea.

(1) Estas dinastías pueden repartirse de la siguiente manera, segun las observaciones de M. Brugsch. En el Alto Egipto, la décimatercia y décimaquinta, que son diospolitanas, la décimasexta, que es tebana. En el Bajo Egipto, la décimaquarta, que es xoitá, y la décimaséptima, que está compuesta de los hyksos. Estas dinastías son paralelas, y terminan por la reaccion que expulsó á los pastores y reunió todo el Egipto bajo la décimaoctava dinastía. Los nombres que se han hallado en los monumentos, son: *Apepi* ó *Apopi II*; Apophis, rey de los extranjeros, en el Bajo Egipto, y *Ra-Sequen*, rey del Alto Egipto; despues *Sevek-Hotep III* y *Sevek-Hotep IV*, que serian de la décimatercia dinastía. M. Robiou, *op. cit.*

(2) Esta es la opinion al ménos de M. Brugsch.

(3) Véase lo que hemos dicho al tratar del pueblo de Dios.

(4) *Phe-Ra*, jefe de la gran casa, de la casa real. En copto *Phairon*, rey. Se comprende que la Biblia se sirve de este título para designar á los egipcios y á los hyksos, puesto que no era más que un nombre comun, el de rey, y se aplica á indígenas y extranjeros.



José, que estaba en la prision, predijo su suerte. Cuando el jóven hebreo fué libertado de la prision, le afeitan con cuidado y le visten un traje precioso; es el vestido de los sacerdotes intérpretes de los sueños (1). Despues que á presencia de Faraon desplegó la admirable inteligencia con que el Altísimo le habia dotado, luego que fué elevado á la primera dignidad, cuelgan sobre su cuello un collar de oro y recibe el anillo del rey, y es conducido en un carro por las calles de la ciudad, precedido de un heraldo, que proclama sus títulos, y á su paso la muchedumbre se posterna. José es llamado en adelante «el salvador de la tierra, *Tsophnat Paneach*.»

Se sabe cómo José preservó al Egipto del hambre que le acosaba, reservando las existencias de los siete años abundantes. Aquí la Biblia describe sencillamente la revolucion política que cambió la posicion del pueblo en la tierra de Mezraim. La autoridad del rey en tiempo de Abraham no era más que el poder patriarcal; hé aquí cómo se hace despótico. Durante la grande escasez, los súbditos se dirigen al príncipe y le piden granos; compran desde luego el trigo con el precio de sus riquezas; despues venden sus bienes, y por último se venden á sí mismos. Desde entonces quedan sometidos á la autoridad del rey; es necesario hacer notar que aquí se trata de un país en el que se habia operado la fusion entre antiguos y modernos poseedores, dueños del territorio; el Faraon consiente en recibir en su reino á la familia de José. Acosados por el hambre, los hijos de Israel van á solicitar en Egipto el trigo que necesitaban. Nada más admirable en la poesia sagrada, que el reconocimiento y perdón de José (2); nada que pueda pintar mejor las costumbres de aquel tiempo, que la relacion de la ida de Jacob y de la emigracion de la

(1) «En Egipto, dice Herodoto, se afeitan los sacerdotes los cabellos y llevan trajes de lino de una admirable blancura,» lib. II, cap. XXXVI. M. Darras insiste sobre esta observacion. *Historia Universal de la Iglesia*, t. I.

(2) M. de Rougé ha encontrado un recuerdo de la historia de José en el *Romance de los dos hermanos* de Pent-Aur, escritor egipcio, que se le cree contemporáneo de la décimanovena dinastía.

tribu. Aquella llegada reviste á nuestra vista las pinturas á que ya hemos hecho alusion, y en las cuales los Aamues de Asia se presentan con su tipo semítico fuertemente pronunciado, con animales, con producciones, con armas, instrumentos de música de su país (1), con sus camellos, brillante cabalgadura de los patriarcas (2). Faraon recibe con respeto al jefe secular de la raza elegida, á aquel á quien «los años le fueron duros y malos», y le proporciona á él y á sus hijos reposo en la tierra de Gessen (3).

Los israelitas eran tambien pastores, y en calidad de tales, no eran estimados de los egipcios de antiguo origen. Estos habian conservado probablemente, con sus sacerdotes y adivinos, bastante influencia para que el príncipe obligase á establecer á los hebreos lejos de su pueblo, cerca de Delta, donde acampaban las tribus árabes guardadoras de los rebaños.

Dejemos, durante largos años, trescientos ó cuatrocientos tal vez, dejemos á los hijos de Jacob que se multipliquen con fecundidad prodigiosa. En el ínterin, están libres de los combates que se han de librar entre la nacionalidad egipcia y la conquista árabe.

Una reaccion, en efecto, preparada con antelacion en las montañas de la Etiopía, va á estallar contra los hyksos.

El campo de batalla fué el *Egipto-Medio*; la lucha fué larga y porfiada. «Los reyes de la Tebaida y del *Egipto-Medio* (4) se reunieron

(1) Uno de aquellos Aamues tocaba la citara con un arco; ¿no será el *Kenur*, citara que la Biblia menciona en las palabras de Laban ó Jacob? *Génesis*, capítulo 35, 11.

(2) Es tambien el asno de la Biblia, y no el de nuestras comarcas; es «el animal intrépido, largo de lomos, nervioso y seco de piernas, redondeado en todas sus formas, de piel lisa y luciente, porque se le afeitan, y no ha conservado del pelo gris de plata ó gris leonado más que los brillantes reflejos, las orejas derechas, listas, inteligentes, y la nariz y el ojo fogosos.» M. Leon de la Borde, *Comm. Geog. sobre el Exodo*. Tal nos parece el asno de Aamu, en el dibujo reproducido por M. Brugsch, *op. cit.*

(3) Se cree que la tierra de Gessen es el territorio de la ciudad actual de Belbeis, al NNE. de Memphis y del Cairo. Cuatremere, *Memoria geográfica sobre el Egipto*, citada por M. Robiou, *op. cit.*

(4) El mismo Manethon es el que así habla, pro-



contra los pastores,» y se concibe que en una guerra semejante debieron sentir los egipcios la necesidad de un solo poder. Los reyes de Tebas se pusieron á la cabeza del movimiento. *Aahmés* se apodera de Memphis, y allí organiza una nueva dinastía, la décimoctava, que será grande y gloriosa. Este rey es el que figura con los títulos de «*Rey-Sol*, señor de la valentía (1);» es el que con ayuda de su jóven hijo Tuthmés (querido del dios Toht), Thutmosis, encierra á los Sa-Su en Anares, despues de haberles derrotado sobre «las aguas de Tanis,» y allí les obliga á capitular. En número de 240.000 estipulan, que llevando sus riquezas, saldrán de Egipto para ir donde mejor les plazca. Marchan hácia el Asia, y la tierra de Mezraim queda ya libre de su presencia.

Con esta décimoctava dinastía comienza ya á dar alguna luz la historia del Egipto. Sin aventurar demasiado, se puede fijar ya su fecha para los primeros años del siglo XVII antes de nuestra era. Reaparece el orden de las listas reales; se levantan grandiosos monumentos; se empieza á ver el renacimiento de un gran imperio, que ha de tener sus vicisitudes de gloria y de decadencia, pero en el que dominarán la fuerza de las armas y el esplendor de las artes.

Aahmés, el libertador de su país, señaló su reinado con gloriosas expediciones contra los montañeses de la Nubia, y unió su nombre á los trabajos que siempre han sido la pasión de los grandes monarcas en las márgenes del Nilo. Operó además una restauracion, más bien religiosa que política; se abren de nuevo los templos y se reedifican á sus expensas; por todas partes la casta sacerdotal recobra su imperio.

bando evidentemente que no se trata en sus listas de *dinastías sucesivas*.

(1) En una inscripción funeraria, de la que ya hemos apuntado algunas cosas referentes al estado militar de Egipto. Esta inscripción, que es la de Aahmés, jefe de los marineros, se refiere á los sucesos de la expulsion de los pastores. «Fué, dice él, á la armada del Norte para combatir... Sitiaron la fortaleza de Tanis (Avaris). Hicieron la guerra por agua, y por esto se llama Agua de Tanis.... Tomaron la fortaleza de Tanis....» (Brugsch, *op. cit.*)

La obra de Aahmés es continuada con toda actividad por sus sucesores, Amen-Hotep (1), Amenophis, Touthmés I y Touthmés II, Thutmosis; fué concluida y llevada á su más alto grado de perfeccion por Touthmés III y por la regente Ha-Ta-Su. Los primeros van á guerrear á la Etiopía, donde establecen uno de los miembros de su familia como príncipe real de Kusch; en Arabia, adonde llegan por el Norte, costeando la tierra de Canaan, conocida por las inscripciones con el mismo nombre que la conoce la Biblia (2), suben hasta la Siria y Mesopotamia.

Las más íntimas relaciones se establecen por la conquista entre Egipto y el Asia. Contra los Sa-Su de la Arabia habia revanchas que tomar; contra los «Luden (3) ó Ruten,» habitantes de Naharina, el *Aram Naharim* (4), la Siria de los rios, como dice la Escritura, existían quizás las represalias de los antiguos ataques de los asirios (5). Segun la expresion pintoresca de los monumentos, «su santidad (ó su majestad el rey) (6) habia hecho estas expediciones para lavar su corazon.»

Grandes constructores mejor que grandes conquistadores, Amen-Hotep y los dos Touthmés comienzan los inmensos monumentos de Karnak y de Medinet-Abu, y allí levantan obeliscos. Despues de ellos, Ha-Ta-Su da al Egipto este ejemplo, que no era desconocido desde la reina Nitocris, de una mujer que go-

(1) *Amen-Hotep* significa «serenidad de Ammon.» M. Robiou, *op. cit.*

(2) Brugsch, *loc. cit.*

(3) Este nombre de «Luden» recuerda la Lydia, y el nombre de «Ruten» se encuentra en adelante en los monumentos. Estos son los asirios.

(4) «Que el *Naharim* ó *Naharim* es realmente la Mesopotamia, no se puede dudar, despues de haber leído el estudio de M. de Rougé y la *Geografía* de M. Brugsch,» dice M. Robiou, *loc. cit.*

(5) Esto es lo que se lee sobre la tumba de Aahmés, en la inscripción de El-Kab, citada por Brugsch.

(6) No concuerdan los autores sobre la significacion exacta de este título; el nombre de «majestad» no expresa suficientemente la idea religiosa, que iba unida al poder y á la persona del rey, hijo de los dioses; el nombre de «santidad,» más literal, no expresa bastante bien la idea de fuerza y de autoridad que iba unida á la autoridad real.



bierna con grande inteligencia y firmeza varonil. Veinte años duró Ha-Ta-Su; *Amen-Chnumt* (hija de Ammon) continúa la tradicion belicosa y monumental; sus títulos están inscritos en Karnak, y segun su real deseo, «su nombre ha permanecido y permanecerá siempre (1).»

Esta regencia no fué más que el preludio de un reinado más brillante aún, el de Touthmés III. Se puede ir siguiendo sobre el «muro numérico» de Karnak la larga y enfática enumeracion de las victorias de este príncipe. Estas eran las páginas históricas que los sacerdotes egipcios explicaban á Germanicus, donde, como dice Tácito, «se leían los tributos impuestos á las naciones, el peso de oro y de plata, el número de guerreros y de caballos, los dones para los templos, el marfil y los perfumes, la cantidad de trigo y objetos trabajados que cada pueblo tenia que ofrecer.»

Del mismo modo que un pueblo trata de libertarse haciendo un supremo esfuerzo para salir de sus crisis interiores, así el Egipto, animado de una fuerza exuberante, se extiende como un torrente fuera de sus fronteras. Vamos á reproducir todos los caracteres que suelen dominar en las conquistas orientales.

Provocado tal vez por insurrecciones que habian tratado de sacudir el yugo bajo la regencia de Ha-Ta-Su, y que se habian aprovechado de algunas turbaciones de palacio, cuya índole no conocemos (2), Tuthmés se lanza sobre la Palestina, y vuelve á tomar la fortaleza de Schahuran, conquistada en otro tiempo por Aahmés, jefe de su raza. Despues desbarata la temible alianza que habian organizado contra él los príncipes de la Siria. En las márgenes del riachuelo de Kina (3) arenga á sus tropas, y termina diciéndolas: «¡Estad en guardia!

(1) Inscripción del obelisco de Tebas. Brugsch.

(2) Parece que la regente habia abdicado en su segundo esposo la autoridad real, pero que se levantaron sediciones contra esta abdicacion; pues el nombre de su esposo fué martillado en los monumentos. Probablemente, y en favor de estas rebeliones, se habian también levantado y hecho libres los tributarios de Asia y de la Nubia; porque Tuthmés III se vió obligado á reducirles.

(3) Futuro límite de las tribus de Manasés y de Efraim.

¡Estad en guardia! ¡Velad por la vida de Faraon!» Allí viene «sobre un carro dorado, y parece al dios Hor-Mat, señor de todo poder.» «La lucha va á empeñarse, y ha de ser desesperada; el rey será el vencedor.» «Su padre Ammon ha velado por los bríos de su potente brazo (3).» Los sirios huyen desordenados hácia Mageddo (4), abandonando sus armas y sus carros de guerra. Las puertas de la ciudadela han sido cerradas por sus defensores, que están llenos de miedo, y los jefes vencidos se ven obligados á trepar por las murallas con auxilio de las cuerdas que al efecto han colocado. Los egipcios les persiguen, la ciudad se rinde, y Tuthmés logra en triunfo 2.500 prisioneros, 2.132 caballos, y 924 carros de combate con inmenso botín, 1.929 toros, 20.500 cabras blancas, piedras preciosas, vasos de oro y de plata, «siete pertigas de plata de la tienda real, marfil y ébano, un baston en forma de cetro orlado de oro,» y 2.800.000 fanegas de trigo.

Esta victoria de Mageddo abria toda el Asia á Tuthmés. Bien se aprovechó de ella; las principales ciudades se someten á su mando, y presto recibe los homenajes y tributos de los príncipes de Rotennu y del rey de Assur; Babilonia, Nínive, Sangar, se someten asimismo á su poder; cuenta entre las ciudades de su imperio, á Damasco, Hamath, Rabbath y Joppé (1). El rey de Assur envia grandes piedras de lápiz-lázuli, del buen lápiz-lázuli de Babel; da «una princesa, plata, oro, esclavos,» cofres, carros con incrustaciones de oro y plata, «una harpa de bronce guarnecida de oro,» 823 eminas de perfumes, 1.718 eminas de vino dulce; en una palabra, «todas las bellezas de su país.» Calculemos cuál sería el entusiasmo de los vencedores. Leamos, si queremos formarnos una idea, una inscripción grabada en piedra de granito (2). El Egipto armado marcha al frente

(1) Es la misma fortaleza que cita la Escritura.

(2) Estos pasajes están sacados de la gran inscripción de Karnak, sobre la cual M. de Rougé ha hecho un estudio de mucho interés, y M. Brugsch una traduccion seguida, pero mutilada.

(3) Estos nombres figuran en el cuadro de las posesiones del rey de Egipto. (Véase M. Brugsch y M. de Rougé, *op. cit.*)

(4) Monumento de granito descubierto reciente-